

The historic nature of Barack Obama's visit to Cuba lies not only in having been the first U.S. president to come to the island in 88 years, but it also portends a transformation in the lives of the Cuban people. In his meeting with President Raul Castro it became clear that the dictatorship will continue to repress individual liberties, repression that Obama knew beforehand he would not be able to change during his two day stay, beyond the symbolic gesture of Castro's release of a few political prisoners (while Raul Castro denied the existence of said prisoners in a press conference). Obama acknowledged this in Havana when he said that the future of the island is in the hands of the Cuban people themselves. On the other hand, they both supported the same platform that consisted of Castro's claim for the return of Guantanamo Bay, and the end of the economic embargo imposed more than a half-century ago, which is a course that depends on the U.S. Congress in Washington. Up until now the Republican majority opposition has stopped this course, and it will only be possible to move forward after the November presidential election if Obama and Hillary Clinton's fellow party members win, and the composition of Congress changes.

The greatest impact of the president's trip was made with his conciliatory attitude and by the hundreds of American businessmen who accompanied him to begin investing in tourism — the island's largest industry — and other ventures, as pointed out by Obama himself. This investment expansion from the United States, up to the point that the embargo allows, will be decisive in improving living conditions for the impoverished Cuban people and for strengthening the economy through job creation and the flow of businesses and visitors loaded with dollars. However, individual liberties and respect for human rights will remain ignored.

Cuba is a unique case in Latin America. It is a country that has never been free throughout its history. First it was a Spanish colony, afterward it lived under the patronage of the United States since the dawn of the 20th century, and later became part of the Soviet empire in 1960 after the triumph of the revolution led by Fidel Castro. Right when the USSR fell apart the island inadvertently became the master of its own destiny, albeit under a rigid dictatorship. However, without foreign aid and with an economy destroyed by the failure of the socialist dirigisme, it survived in misery until Raul replaced his sick brother Fidel.

The current president introduced a somewhat modest opening toward domestic private enterprise that propelled the tourism industry. The decisive mediating intervention of Pope Francis finally arrived to bring these two parts — the goodwill of Obama and the economic realism that Raul Castro learned the hard way with the passing of years — together. This combination of factors paved the way for the relationship thaw, allowing the two old enemies to live together better despite their differences.

Cuba, partly imitating China, will from now on be a country more open to foreign private investment, but will maintain the rigidity of a communist dictatorship. This will not change for a long time, but at least it represents a step forward for a nation that will gradually gain greater economic relief, albeit without the political liberties that, on the other hand, the population has never known. For the slightest hint of a more democratic opening, they will have to continue waiting for a new leader, and for the natural effect of the future pressures of a somewhat more prosperous society.

El carácter histórico de la visita de Barack Obama a Cuba radica no solo en haber sido el primer presidente de Estados Unidos en llegar a la isla en 88 años sino también en la transformación que augura en la vida de los cubanos. En su encuentro con el presidente Raúl Castro quedó claro que las libertades individuales seguirán reprimidas por la dictadura, opresión que Obama sabía de antemano que no podría cambiar en su estadía de dos días, más allá del gesto simbólico del castrismo de liberar a algunos presos políticos (al paso que Raúl Castro negó la existencia de los mismos en una conferencia de prensa). Obama lo reconoció cuando dijo en La Habana que el futuro de la isla está en manos de los propios cubanos. Fueron para la tribuna, por otra parte, los reclamos de Castro de la devolución de la base de Guantánamo y del fin del embargo económico impuesto hace más de medio siglo, curso que depende del Congreso de Washington. La mayoritaria oposición republicana lo ha frenado hasta ahora y solo podrá avanzar después de la elección presidencial de noviembre si la gana la correligionaria de Obama, Hillary Clinton, y cambia la composición del Congreso.

El impacto mayor del viaje del presidente estuvo dado por su actitud conciliatoria y por los cientos de hombres de negocios estadounidenses que lo acompañaron, para empezar a invertir en turismo, la mayor industria de la isla, y en otros emprendimientos, como lo señaló el propio Obama. La expansión inversora desde Estados Unidos, hasta donde lo permite el embargo, será decisiva en el mejoramiento de las condiciones de vida de los empobrecidos cubanos y en el fortalecimiento de la economía a través de la generación de empleos y flujo de empresas y visitantes cargados de dólares. Pero seguirán ausentes las libertades individuales y el respeto de los derechos humanos.

Cuba es un caso único en América Latina. Es un país que nunca fue libre en toda su historia. Primero fue colonia española, luego vivió bajo el patrocinio de [Estados Unidos](#) desde los albores del siglo XX para pasar después a ser parte del imperio soviético en 1960, a partir del triunfo de la revolución que lideró Fidel Castro. Recién al derrumbarse la URSS la isla quedó accidentalmente dueña de su propio destino, aunque bajo una rígida dictadura. Pero sin ayuda externa y una economía hecha añicos por el fracaso del dirigismo socialista, sobrevivió en la miseria hasta que Raúl reemplazó a su enfermo hermano Fidel.

El actual presidente introdujo alguna modesta apertura hacia la iniciativa privada interna e impulsó la vital industria turística. Llegaron finalmente la decisiva intervención mediadora del papa Francisco para acercar a las partes, la buena voluntad de Obama y el realismo económico que Raúl Castro aprendió a la fuerza con el paso de los años. Esta conjunción de factores abrió el camino hacia el deshielo para que dos viejos enemigos convivan mejor pese a sus diferencias.

Cuba, imitando en parte lo que hizo China, será a partir de ahora un país más abierto a la inversión privada externa pero que mantendrá la rigidez de una dictadura comunista. Esto no cambiará por mucho tiempo, pero representa al menos un avance para un pueblo que irá ganando de a poco mayor desahogo económico aunque sin las libertades políticas que, por otra parte, la población nunca conoció. Una pizca de apertura más o menos democrática tendrá que seguir esperando por la renovación de su dirigencia y por el efecto natural de presiones futuras de una sociedad algo más próspera.

